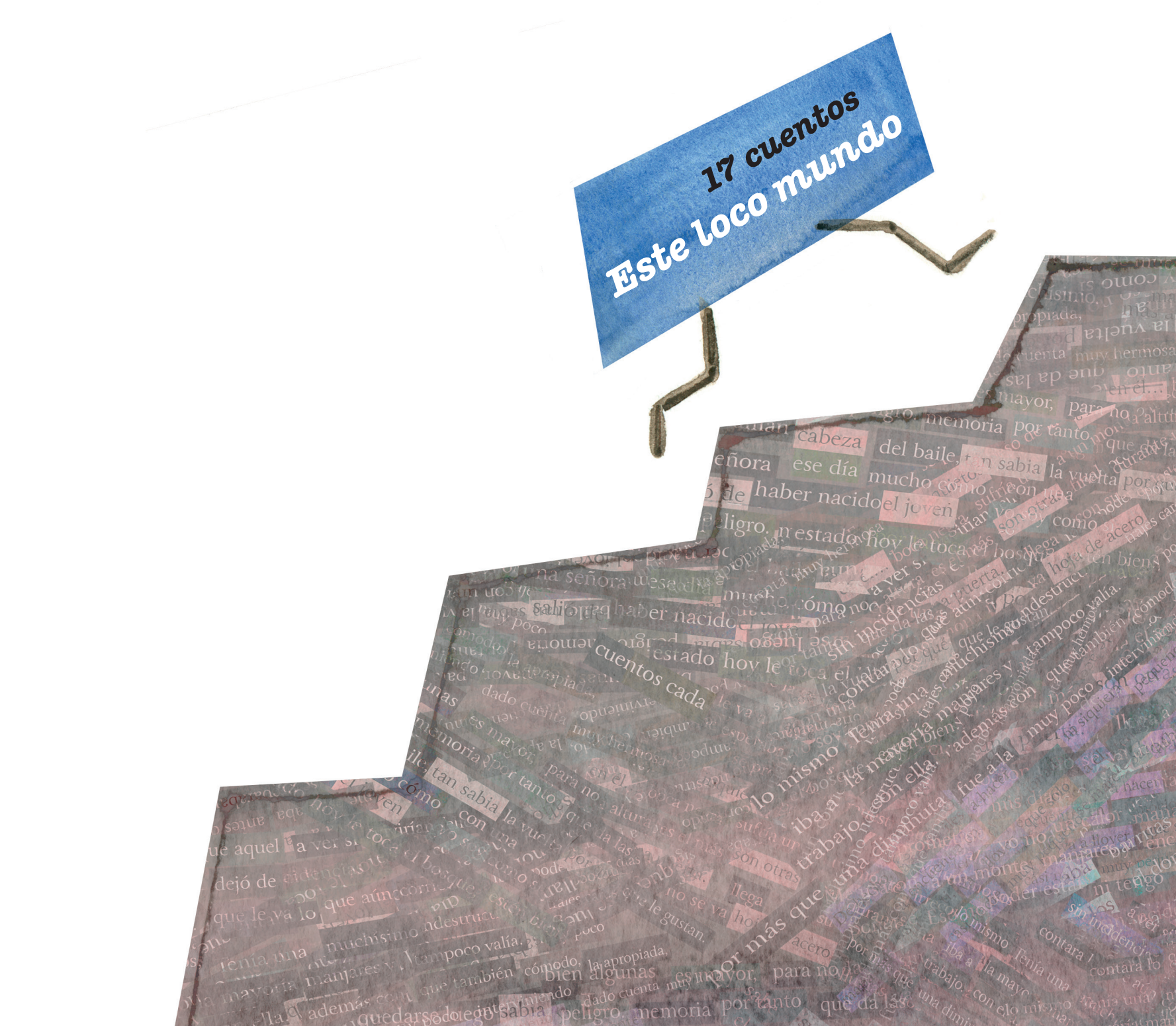

17 cuentos
Este loco mundo

1ª edición mayo 2010

Edita: cambalache
Calle Martínez Vigil, 30, bajo. 33010 Oviedo. Tfno: 985 20 22 92
e-mail: cambalache@localcambalache.org
www.localcambalache.org

Cuentos: David Eloy Rodríguez, Miguel Ángel García Argüez y José María Gómez Valero
Diseño: Amelia Celaya
Ilustraciones: Amelia Celaya
Impresión: La Cooperativa

Depósito Legal: AS- 930-2010
ISBN: 978-84-614-0083-6
Impreso en papel reciclado

Todos nuestros libros están editados bajo licencia copyleft; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando a la autora o autor, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.
Frente a cánones e impuestos creemos que el interés de la publicación de libros es difundir sus contenidos, servir de herramientas educativas y de debate; por eso todos los libros que publicamos se pueden descargar gratuitamente en www.localcambalache.org

Para cualquier adaptación (escénica, audiovisual, musical...) de los textos, se ruega contactar con los autores.

La estrella fugaz que no quería caer en el mar

Arriba, la estrella fugaz viaja resplandeciente a toda velocidad atravesando el cielo.

Abajo, la niña mira la estrella fugaz y piensa un deseo.

Arriba, la estrella fugaz siente por un instante un temblor: tiene un poquito de miedo. Miedo de perderse, miedo de no brillar lo suficiente, miedo de brillar demasiado, miedo de no poder volver atrás, miedo de olvidar el lugar del que partió... Y sobre todo, sobre todo, tiene miedo de caer en el mar.

Abajo, la niña mira la estrella fugaz y pide un deseo.

Los huidos

El incendio crece y crece arrasando el bosque. Las llamas se extienden sin control, se alzan furiosas, parece que nada puede detenerlas. Los animales huyen despavoridos, los árboles lloran verdes lamentos que nadie escucha, la tierra se va poniendo del color de la tristeza. Las primeras llamas del incendio, impresionantes y despiadadas, se abalanzan sobre lo que encuentran cumpliendo con su obligación de llenarlo todo de muerte. Detrás vienen otras, empujando enérgicas, deseando sumar fuerzas a la tarea de consumir el bosque.

Pero, ¡mirad!, en la cola del incendio hay una llamita que no parece tener tanta prisa ni tantas ganas de avanzar… Lentamente va quedándose rezagada… Las otras llamas están tan concentradas en su dedicación que no se han percatado de que progresan sin una de las compañeras. ¿Qué hace esta llama? ¿Adónde va? ¿Estará desorientada? Veamos.

—Creo que nadie me ha visto… —piensa la llamita—. Uf, qué calor más grande… ¡Y qué incendio más terrible! Vaya día, vaya día… Qué bien que encontré esta cueva donde refugiarme hasta que acabe. Aquí estaré en calma, fresquita y en lo oscuro.

A medida que la llamita entra en la cueva, el interior se va iluminando.

—Sí, quizás sea un buen lugar para descansar… Pero, ahora que lo pienso: ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo viviré? ¡Ay, con lo sola que estoy! Si las llamas de los fuegos supiéramos llorar, yo seguro que lloraría.

De pronto se escucha un ruido. A la llamita no se le había ocurrido que podía haber alguien más en aquella cueva.

—¿Quién está ahí? —pregunta temblando de miedo.

Y entonces, al moverse ligeramente, alumbra un recoveco que había permanecido a oscuras. Desde allí la observa,

silencioso, un afilado cuchillo de carnicero. Es un cuchillo grande, con una imponente hoja de acero que brilla con la luz y un mango negro de madera.

—¿Y tú? ¿Tú quién eres? —le responde el cuchillo, que parece tan asustado como la llamita.

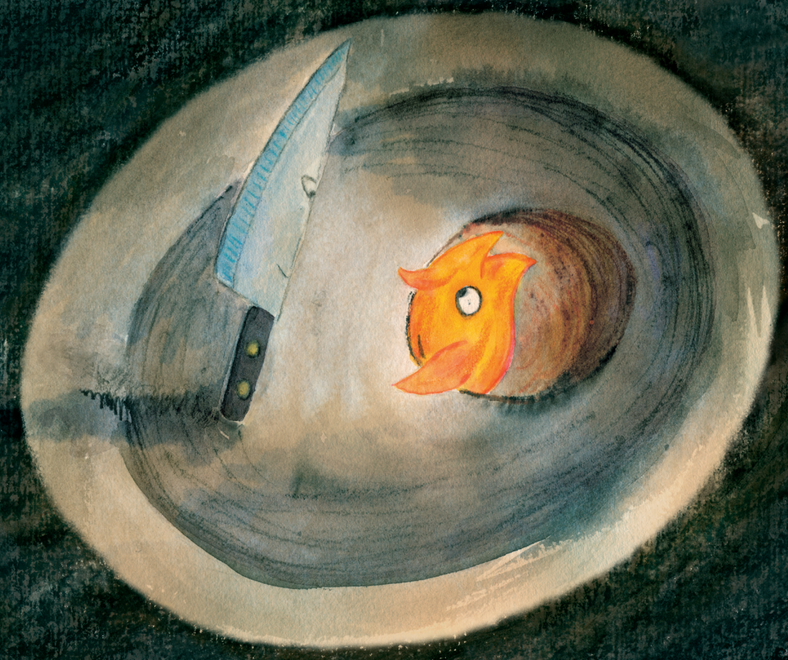
—He desertado. Soy una fugitiva —se apresura a decir, sintiéndose importante al decirlo—. He escapado del incendio, no quería participar en él… A mí lo que me gustan son otras cosas, no destruir bosques. Yo prefiero dar calor y luz si se necesita, escuchar a la gente, jugar a hacer sombras en las paredes, bailar… Ahora busco refugio. Espero no molestarte. ¿Y quién eres tú?

—Yo soy un cuchillo, como ves, y estoy vigilando esta cueva. Me preocupaba el incendio. Es un incendio gigantesco. Pero creo que pasó de largo… Dime, ¿eres peligrosa?

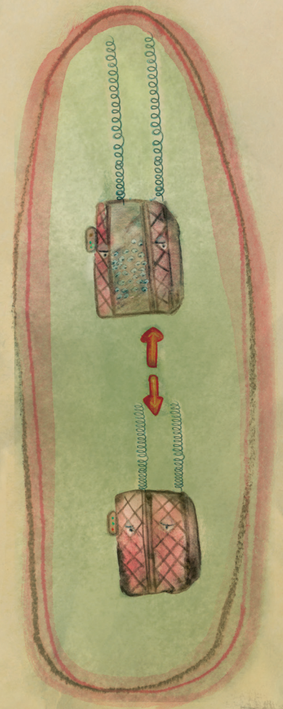
—No, no temas, por favor… Sólo quiero esconderme de la destrucción… Estoy harta de todo eso… Debería cambiar de vida.

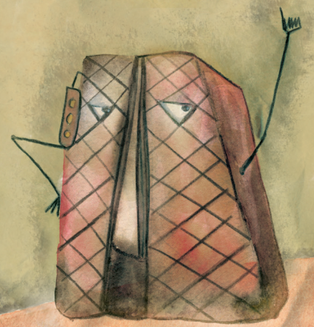
—Pues creo que has venido a parar al lugar adecuado. Te presentaré a un amigo y a una amiga. Son estupendos, me encanta estar con ellos. Llevamos una temporada viviendo aquí. Esta cueva es más amplia de lo que aparenta. Sígueme.

Al fondo de la cueva hay un agujero que funciona como una puerta. Al traspasar esa abertura se accede a una galería, un pasillo que conduce a una espaciosa y acogedora habitación de piedra. Allí están los dos amigos de los que hablaba el cuchillo. Se trata de un ascensor y una sombrilla que juegan animadamente a los acertijos. Cuando ven entrar al cuchillo acompañado de la llamita interrumpen sus risas, en principio algo inquietos al ver a la desconocida acercarse.



—Tranquilidad, amigos. No hay ningún peligro. Esta llama viene huyendo de un incendio, un incendio horrible —dice el cuchillo a sus amigos antes de hacer las presentaciones—. Os cuento: yo estaba en mi turno de vigilancia, como habíamos acordado, atento a lo que sucedía afuera, y entonces apareció ella. Yo también me alarmé cuando la vi adentrarse en la cueva de repente, con su resplandor y sus chispas, pero después de escucharla supe que no había razón por la que tener miedo. Ella formaba





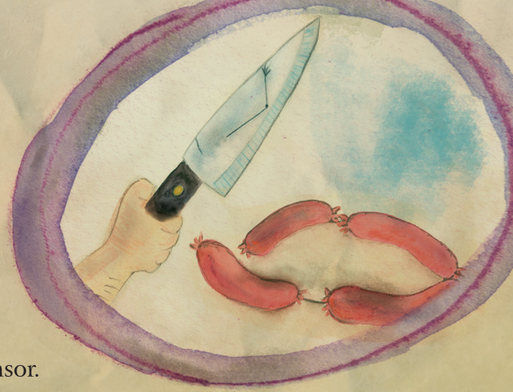
parte del gran incendio, sin embargo no quería quemar nada. No va a hacernos daño, por supuesto. Le he dicho que quizás le apetecería conoceros. ¿Qué os parece si le contamos por qué hemos llegado cada cual aquí?

—Mi historia es sencilla —se anima a decir el ascensor entreabriendo sus puertas—. Yo llegué aquí porque no quería terminar mis días haciendo lo que había hecho siempre. No aguantaba más. Cada jornada de arriba para abajo y de abajo para arriba, de un piso a otro, según me ordenaban, sin poder decidir, cargando con el peso de la gente, casi sin descanso… Siempre en el mismo edificio, siempre los mismos pisos, siempre las mismas conversaciones… Eso no es vivir.

—¡Pues a mí me esperaba un destino fatal! —exclama la sombrilla mientras muestra sus varillas rotas y un gran rasguño en la tela con forma de cicatriz—. Yo ya no les servía a mis dueños. Me usaron tanto que acabaron rompiéndome. Pude escuchar, una tarde que nunca olvidaré, que me iban a tirar a la basura. Si quería sobrevivir, la única posibilidad era esconderse…

—O huir… —añade el cuchillo—. Yo tampoco podía más. Estaba harto de que me obligaran a cortar. Me aterrorizaba la idea de hacer daño a alguien, incluso a mi dueño en algún estúpido accidente. Cada vez que aquel carnicero afilaba mi hoja me sentía más y más cansado, más y más desgastado… Pero ahora ya no estoy triste, ni tengo miedo.

—En el incendio sufría un calor asfixiante, no comprendía por qué ese empeño. ¡Y esas prisas! No había tiempo ni paz para pensar, ni para



hablar, todo era seguir, seguir hacia delante, sin que importara nada más… —intervino la llama.

—A mí estar con estos amigos me da fuerzas para entender mejor cómo es el mundo y para no sentirme nunca solo —dice el ascensor.

—Desde que nos encontramos hemos ido construyendo a nuestro gusto este lugar para hacerlo lo más habitable y bonito posible —afirma la sombrilla—. Y ahora es nuestro hogar.

Y así, compartiendo sus historias, la llama va conociendo a sus nuevos amigos, entre los que se siente muy cómoda.

—Amiga llama, estarás fatigada después de tantas emociones —comenta la sombrilla—. Aquí puedes descansar y quedarte cuanto quieras. Siéntete en tu casa.

—Sí, hay espacio de sobra —añade el ascensor—. Y nos divertimos mucho.

—Claro. Claro. Eres bienvenida —insiste el cuchillo.

—Gracias, amigos, gracias por vuestra generosidad, por vuestra hospitalidad. Me alegra haberos encontrado. Es tan valioso, tan útil, saber que puedo contar con vosotros. Contad también conmigo.

Y la sombrilla, el cuchillo, el ascensor y la llama pasaron juntos el invierno en el interior de la cueva, disfrutando de los días y esperando unidos la llegada de tiempos mejores.

El gran circo del mundo

Cada sábado, en la función del Gran Circo del Mundo, el público se emociona y vibra con el espectacular y estremecedor número del domador y el león salvaje.

En mitad de la jaula, el domador, vestido con un traje brillante, desafía al león con su látigo y su silla. El león salvaje, cerca de él, ruge ferozmente y se mueve ágil y veloz como un remolino de dientes y pelos y zarpas enormes. Ambos se vigilan igual que dos viejos enemigos irreconciliables que se conocen bien. El león sabe que es el más fuerte de los dos, y por eso se niega a obedecer y se abalanza sobre el domador, pero el domador se defiende, ¡zassss!, ¡zassss!, y grita enérgico, imponiéndose. Luego llega un momento de la lucha en el que el domador tropieza y cae al suelo y el león corre hacia él y parece que habrá mordiscos y heridas y sangre. Sin embargo el domador consigue ponerse de pie y dominar al felino sin sufrir un arañazo:

—¡Quieto! ¡Quieto! —le ordena, y al final le obliga a saltar a través del gran aro de fuego.

La parte que da más miedo es cuando redoblan los tambores y el domador se quita el sombrero y mete la cabeza dentro de la inmensa boca negra del león salvaje. Con eso la gente se asusta tanto que algunos no pueden soportar la tensión y miran hacia otro lado o se tapan los ojos, aunque todo el mundo al final aplaude muchísimo.

Pero lo que el público no sabe es que los sábados, cuando ya se ha terminado la función en el Gran Circo del Mundo, el domador y el león salvaje quedan después de cenar para jugar un rato a las cartas en uno de los carromatos. Allí se ponen a hablar, como siempre, de lo aburrido que es el trabajo, de lo tonto que es tener que pelearse delante de toda esa gente fingiendo ser enemigos y de lo pesado que es tener que hacer esas cosas.

Y más tarde, cuando acaban la partida, sacan dos mecedoras afuera y se sientan a disfrutar de la limpia brisa de la noche mientras toman una taza de té. Entonces permanecen callados mirando a la luna y se imaginan cómo sería la vida de otra manera.

El pueblo que hay debajo del lago

En este valle había un pueblo donde la gente hacía su vida y todo era más o menos normal. Una mañana empezó a llover muy fuerte y no dejó de llover durante una semana. Pasó esa semana y luego otra, y llovía y llovía. La gente andaba preocupada por lo que podría suceder si el tiempo seguía así. Y transcurrió más de un mes de lluvias torrenciales y no tardaron los ríos en desbordarse y el agua fue inundando el valle.

Las personas del pueblo se reunieron en una asamblea al ver que el agua ya casi les llegaba a la altura de las rodillas. Acordaron abandonar el pueblo antes de que lo anegara por completo la crecida y trasladarse a un monte cercano en donde estarían a salvo. Allí ya decidirían, secos y con más calma, qué hacer.

Pero cuando los vecinos se preparaban para ponerse en marcha, ya con sus principales pertenencias a cuestas, el alcalde del pueblo salió al balcón del ayuntamiento y dijo:

—Sabed que yo no voy a irme de este pueblo, porque me ha costado mucho trabajo llegar a ser vuestro alcalde. De modo que no pienso dejar el ayuntamiento ni el cargo.

—Hombre, señor alcalde —dijo uno de los vecinos que sostenía un par de voluminosas maletas—, no se va quedar usted aquí, que le va a llegar el agua al balcón.

—Yo he sido elegido por mis votantes y no voy a defraudarles.

—Pero mire usted, señor alcalde —dijo otra vecina que llevaba en brazos a un perrito con un chubasquero—, piense que los votantes nos vamos todos a otro sitio y que en el pueblo se va a quedar usted solo, hombre, véngase con nosotros mejor.

—¡Que no, que no! —gritaba el alcalde empapado—, que yo de mi ayuntamiento no me muevo, que aquí estoy muy bien. Id vosotros si queréis, pero a mí ni la lluvia ni nadie me va a quitar mi puesto de alcalde. De ninguna manera. Además tengo grandes planes de desarrollo y otros ambiciosos proyectos para esta población, y no me voy a ir antes de cumplir mi mandato.

—Pues muy bien, oiga, como usted quiera. Nosotros nos vamos, que a este paso va a llegarnos el agua al cuello.

Y estuvieron un rato intentando convencerle, pero no fue posible. El alcalde se quedó solo. ¿Solo?

De pronto, el contable, que era uno de esos señores serios con cara de tener las ideas claras, apareció en la oficina del alcalde. Quería decirle algo:

—Si usted se va a quedar, señor alcalde, yo me quedo con usted para seguir ocupándome de las cuentas y administrar como es debido el dinero del ayuntamiento. Alguien tendrá que hacerlo, digo yo. Por otra parte, se acumula el trabajo atrasado. Y hay que cuadrar todavía los próximos presupuestos, realizar los balances del año en curso, revisar los impuestos…

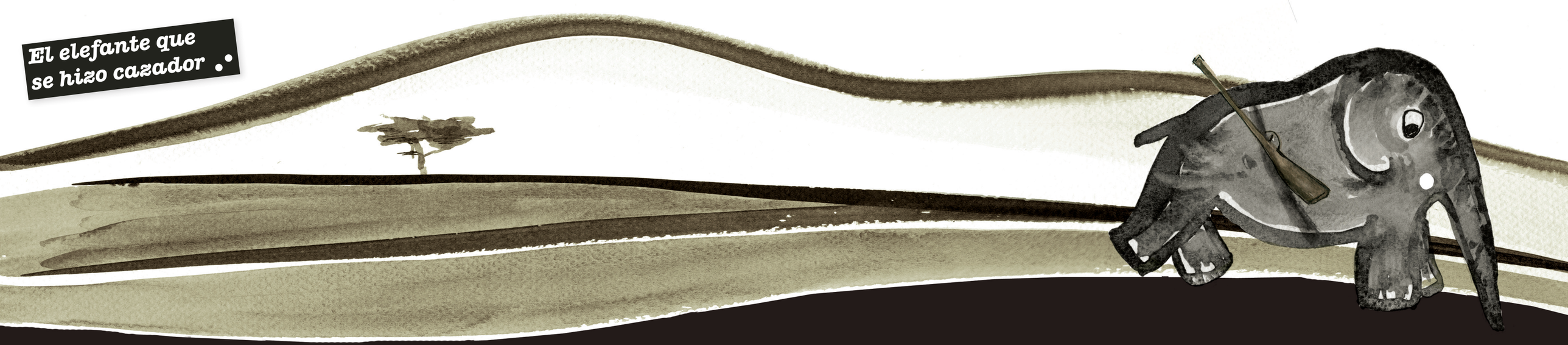
Y entonces el policía del pueblo, que merodeaba por allí y que era la otra persona que aún permanecía en el ayuntamiento a esas alturas, dijo dando un paso al frente muy derecho:

—Pues, señores, yo me quedo también. Así evitaré que los ladrones les roben a ustedes y velaré por el orden público, el tráfico y la seguridad ciudadana. Hoy en día uno no puede fiarse de nadie. Yo haré respetar la ley.

Y allí se quedaron los tres, solos en la plaza del ayuntamiento, viendo cómo la gente se alejaba mientras el nivel del agua seguía subiendo y ya casi les llegaba a sus tres ombligos.

Y es por eso que ahora, debajo de este lago hermoso y azul que ves en el valle, hay un pueblo sumergido. Y si bajas allá al fondo podrás ver al alcalde sentado en el gran sillón del salón de plenos, pronunciando largos discursos ante una concurrencia de algas y burbujas, y al contable recontando con paciencia las monedas oxidadas y colocándolas en montoncitos. El policía, mientras tanto, vigila con los ojos muy abiertos, porque alrededor del ayuntamiento hay ahora cientos de peces y nunca se sabe qué pueden estar tramando.

El elefante que se hizo cazador



Un elefante iba tranquilamente paseando por la selva cuando oyó una voz pidiendo ayuda:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que alguien me saque de aquí!

Se acercó y vio a un cazador que había caído en una trampa para elefantes.

—Ayúdame, por favor —rogó el cazador—, no puedo salir de aquí.

El elefante no tenía claro qué hacer, porque los cazadores, como todo el mundo sabe, no son buenos amigos de los elefantes.

Como el elefante desconfiaba y estaba dudando, el cazador le dijo:

—Si me sacas de aquí, te daré lo que quieras.
—¿Cualquier cosa que yo quiera? ¿En serio? —le preguntó el elefante.
—En serio. Lo que quieras.

Y entonces el elefante ayudó con su trompa al cazador a salir de la trampa.

En cuanto el cazador estuvo a salvo, el elefante le dijo:

—Este es mi deseo: quiero ser un cazador.

Y el cazador le explicó que eso era fácil, que para ser cazador sólo se necesita tener una escopeta, lo que pasa es que las escopetas cuestan dinero.

—Pero, señor cazador —protestó el elefante—, me prometió usted que si le ayudaba iba a darme lo que yo le pidiera…

—Y así va a ser —le respondió—, yo te ayudaré a convertirte en cazador. Aunque la escopeta hay que comprarla y, claro, el dinero es el dinero.

—Pero es que los elefantes no tenemos dinero…

Entonces el cazador le propuso un trato: le daría su propia escopeta si a cambio le entregaba sus colmillos. Como todo el mundo sabe, los colmillos de los elefantes son de marfil y cuestan mucho dinero. Mucho más que una escopeta.

Al elefante no le gustaba la idea de perder sus colmillos. ¡Eran sus dientes! Y no sólo es que les tuviera cariño, sino que además le eran muy útiles para defenderse y para recolectar y transportar alimentos. Pero no estaba dispuesto a renunciar a su deseo, y apenas había tiempo para pensar…

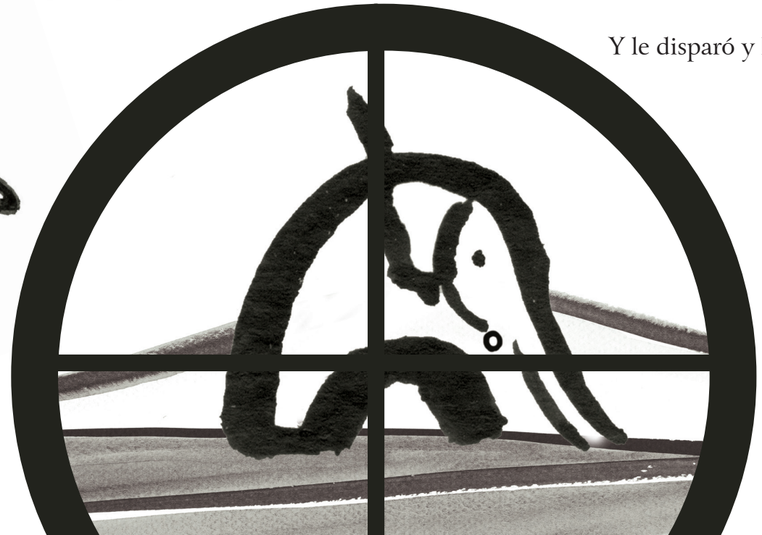
El elefante aceptó el trato. El cazador extrajo inmediatamente una sierra de su zurrón y le cortó los dos colmillos. Después le entregó la escopeta al elefante, como había prometido, y se marchó silbando y con los colmillos al hombro.

El elefante, ilusionado por ser al fin un cazador, agarró su escopeta lleno de entusiasmo y se echó a caminar por la selva.

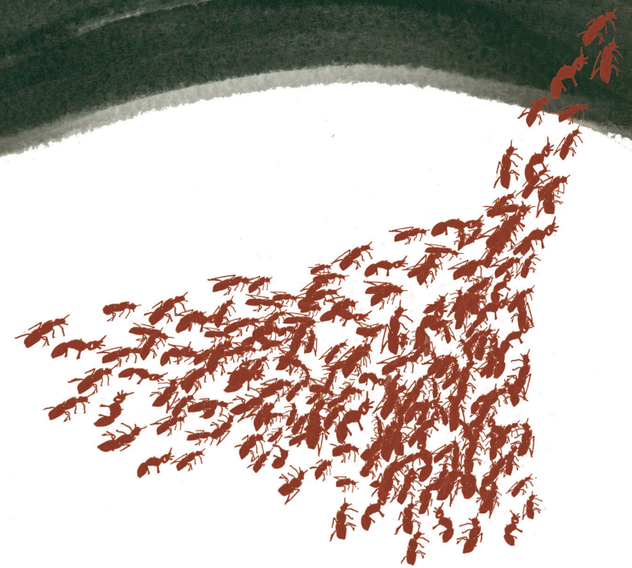
Otro cazador, que se había extraviado de un safari por la zona, lo divisó al poco rato entre la maleza.

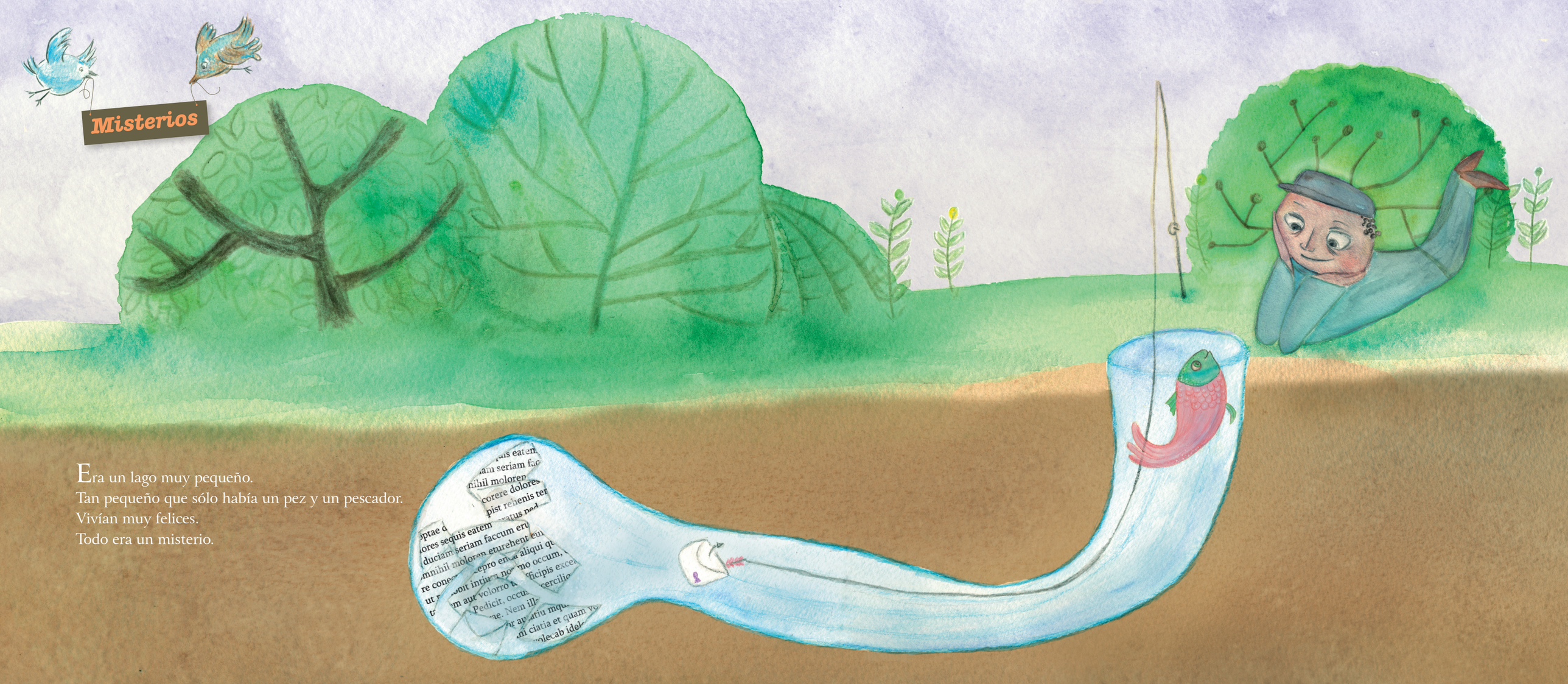
—¡Vaya! ¡Qué suerte! ¡Un elefante! —pensó mientras lo observaba a través de su mira telescópica, apuntándole.

Y le disparó y lo mató.



Y cuando el cazador se acercó a cortarle los colmillos con una sierra, se sorprendió al comprobar que ya alguien se los había cortado. Le extrañó también encontrar una escopeta junto al cuerpo del animal. No entendía nada. Decidió quedarse el arma, que era nueva, aunque no tenía munición. Luego se hizo una foto de recuerdo y dejó allí abandonado el cuerpo del elefante para que se lo comieran los buitres, las hienas, las hormigas.





Era un lago muy pequeño.
Tan pequeño que sólo había un pez y un pescador.
Vivían muy felices.
Todo era un misterio.

La contradictoria historia del guisante gigante

Cuando el Guisante Gigante se marchaba para siempre, todos los guisantes salieron a despedirse de él.

—¡Adiós, Guisante Gigante!
—¡Te echaremos mucho de menos!
—¡Será raro vivir aquí sin ti, Guisante Gigante!
—¡Tu ausencia dejará un gran vacío entre nosotros!

Y el Guisante Gigante sonreía agradecido y emocionado, aunque en el fondo tenía la sensación de que las cosas no iban a ser fáciles para él a partir de ese momento.

Enigmas del universo: el último planeta del espacio

El último planeta del espacio está muy muy lejos, es muy muy pequeño y a nadie le interesa mucho. Parece que no existe, pero por supuesto que existe.

Como está tan lejos nadie va de visita, ni a hacer turismo, ni a hacer negocios, ni a ver qué hay allí. No llegan las cartas ni los cohetes espaciales y no se encuentra en casi ningún mapa del cielo. Nunca aparece en las noticias y ni siquiera el hombre del tiempo tiene idea de si allí va a llover o hará sol.

Casi nadie habla nunca del último planeta del espacio. De hecho, casi nadie sabe su nombre verdadero. Nosotros, por ejemplo, no lo sabemos. Cuando la gente necesita referirse a él, dice:

—Ah, el último planeta del espacio, ¡eso no existe!

O dice:

—Ah, ya, el último planeta del espacio, sí, algo he oído.

O bien dice:

—Ah, sí, yo hace mucho conocí a un señor que dice que estuvo un día en el último planeta del espacio.

O incluso:

—Ah, bueno, dicen que a lo mejor existió alguna vez, en la antigüedad.

Pero allá lejos, en el último planeta del espacio, sus habitantes no saben nada de lo que se dice de su planeta. Viven tranquilos en cabañas en las playas, pues el planeta está ocupado casi por completo por un mar, y pasean, y nadan, y cocinan, y conversan. Piensan juntos, y echan a volar cometas, y construyen canoas, y navegan sin perderse, y a veces celebran la puesta de sol con divertidas fiestas. Algunas noches encienden una hoguera, cantan viejas canciones, inventan juegos y bailan hasta caer cansados y felices en la arena. Entonces se quedan mirando el cielo con sus infinitas estrellas y tiemblan de asombro ante tanto misterio.

Palabras que no están en el diccionario

Para Carmen, Pepe, Rafa, Héctor y Roberto, inventores de palabras.

Carmela se despertó y recordó que mientras dormía había tenido una sensación muy rara. En mitad de la noche había notado un poco de frío. No mucho, sólo un poco. De hecho, no estaba segura de si aquello había llegado a ser frío o no. Fue entre sueños cuando descubrió aquella extraña sensación. Recuerda que pensó en levantarse a por una manta, ¡pero es que cuesta tanto levantarse de la cama cuando se está medio dormida y medio despierta!

La cuestión es que si hubiera tenido frío, realmente lo que se dice frío, pues se habría levantado a por algo con lo que taparse para luego seguir durmiendo tan a gusto. Pero cuando se tiene sólo un poquito de frío, tan poquito que no sabes si merece la pena salir de la cama, entonces eso realmente no es frío. Y si no es frío, ¿cómo se llamará esa sensación?

Esa mañana Carmela fue a la biblioteca y consultó el diccionario a ver si encontraba alguna palabra que contara lo que había sentido, pero, por más que la buscó, no dio con ella. Ninguna palabra del diccionario nombraba con exactitud aquella sensación.

La palabra “frío” ya hemos dicho que no valía.

La palabra “frescor”, tampoco.

La palabra “frialdad” era casi lo mismo que frío y tampoco valía.

La palabra “friura”, que parece de broma pero que también está en el diccionario, tampoco era la que buscaba.

La palabra “frigidez”, desde luego, no era la apropiada, ni tampoco la palabra “frescura”, ni la palabra “helor”, que es una palabra muy hermosa y que Carmela no conocía.

Carmela pensó que al diccionario a menudo le faltan palabras y que, si hay cosas y sensaciones que aún no tienen nombre, es posible inventar palabras que sirvan para hablar de ellas.

¡Hay tantas cosas que los diccionarios no saben explicar!

Fue ese día cuando Carmela creó la palabra “rascafrío”.

La vaca que aparece en todos los cuentos

La vaca que aparece en todos los cuentos es una vaca muy ocupada, tiene muchísimo trabajo. Entre cuento y cuento siempre va con prisas hablando por el teléfono y consultando su agenda. Se levanta muy temprano y enseguida ya está interviniendo en algún cuento, y la mayoría de los días sólo tiene tiempo de almorzar unas barritas de césped artificial. Está siempre corriendo de un cuento a otro y se esfuerza mucho por aparecer en más y más cuentos cada vez.

Nosotros queríamos que la vaca que aparece en todos los cuentos estuviera también en este libro, pero como siempre está tan ocupada sólo ha podido aparecer un momento y se ha marchado ya.

Por eso este cuento es tan breve y se termina aquí.

El último teléfono del mundo

El último teléfono que quedaba en el mundo era un teléfono feliz.

Como podréis imaginar, el último teléfono del mundo era, por supuesto, un teléfono de última generación, de tecnología avanzadísima, y por eso estaba lleno de botones y de lucecitas de colores. Podía emitir sonidos divertidos y sorprendentes, y grabar vídeos en tres dimensiones. Tenía una memoria en la que cabían todos los números posibles hasta el infinito y su pantalla era como un espejito muy brillante. Había sido fabricado con un material indestructible y funcionaba con una diminuta batería nuclear. Pesaba muy poco y su diseño era, como él mismo se decía, elegante y funcional. Por todo eso, y por muchas otras cosas parecidas, era por lo que estaba tan orgulloso y complacido de ser el último teléfono del mundo.

Tan distraído estaba consigo mismo que aún no se había dado cuenta de que jamás iba a poder hablar con nadie.

El barco de la fiesta triste

Aquel barco de lujo realizaba su primera travesía: una vuelta al mundo sin escalas, un viaje prácticamente interminable.

Los pasajeros estaban encantados de estar en aquel barco grande, nuevo y reluciente, de madera, cómodo, precioso. Estaban disfrutando además con la deliciosa fiesta que se celebraba a bordo, repleta de entretenimientos y atracciones, con gorros, antifaces, serpentinas, con magníficos manjares y cócteles sin fin, con música de orquesta y trajes caros.

Los pasajeros habían pagado mucho, muchísimo dinero, para poder estar allí. Les habían prometido que vivirían felices y despreocupados sin necesidad de tocar tierra y que la fiesta no iba a detenerse mientras durara la travesía.

El viaje y la fiesta transcurrían sin incidencias hasta el momento en que alguien gritó:

—¡Oh, no! ¡Creo que este barco tiene termitas!

Y la fiesta se interrumpió de repente y todos callaron. Y en aquel silencio pudieron oír con claridad el doliente crujido de la madera cuando las termitas la devoran despacio.

El capitán, con su gorra marinera y su traje blanco, llegó inmediatamente y dijo:

—Antes que nada: esto es muy grave. No quiero alarmarles, pero corremos un gran peligro. Podemos hundirnos. Hay que regresar a tierra lo antes posible.

—¿Cómo puede haber termitas en el barco, capitán? —preguntó una señora muy seria.

—Sí, con el dineral que nos ha costado el billete… —refunfuñó un señor bajito.

—¿Las termitas contagian algún virus? —preguntó una niña curiosa.

—¿Las termitas comen humanos? —añadió un niño despistado.

El capitán pidió calma, pero a continuación se puso muy nervioso y dijo de nuevo:

—Calma, calma…

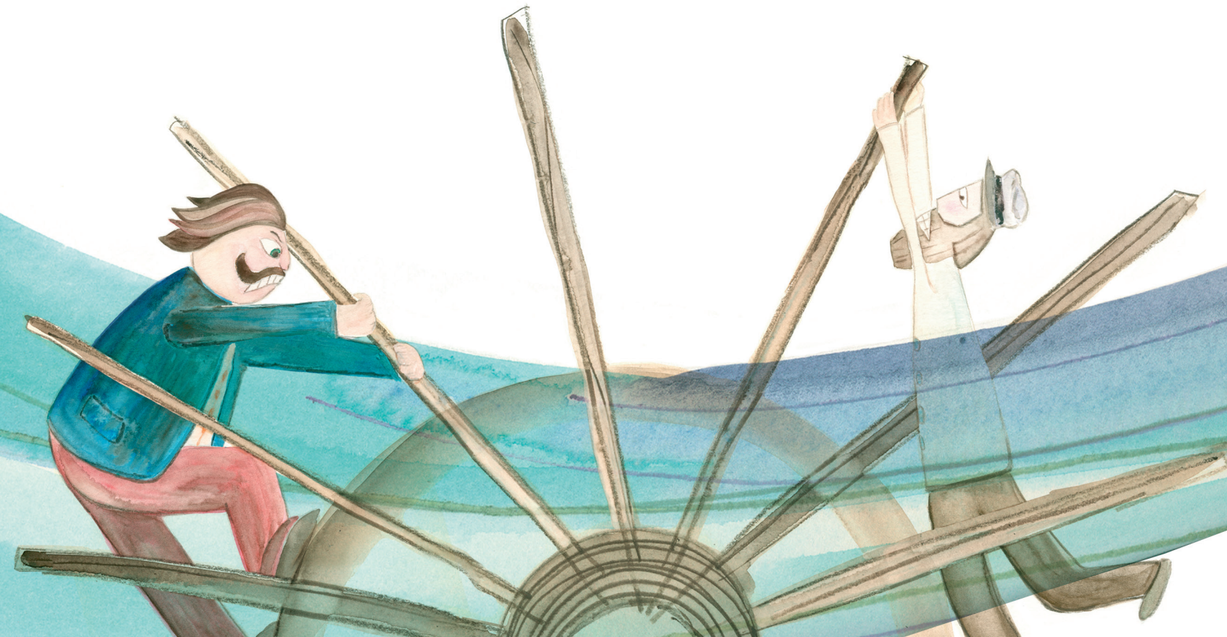
Al final no pudo aguantar la tensión y se echó a llorar. Algunos pasajeros le consolaron, y un niño amable le acercó un vaso de agua. Pronto se recuperó y pudo volver a tomar la palabra:

—¡Termitas en el barco! ¡Esto no puede ser! Es increíble que a nadie se le haya ocurrido aplicar el insecticida anti-termitas reglamentario a la madera del barco antes de zarpar. Las termitas se alimentan de madera y son muy voraces. Debemos llegar al puerto más cercano cuanto antes.

Pero el dueño del barco, que estaba en la fiesta, le replicó:

—De eso nada. No vamos a regresar a tierra. Esta fiesta es fantástica y no puedo quedar mal con mis pasajeros. Seguiremos navegando. De ningún modo voy a permitir que unas ridículas termitas estropeen el primer viaje de mi gran barco.

—Pero, señor —dijo el capitán—, si seguimos navegando las termitas van a comerse poco a poco el barco y vamos a naufragar. Es sólo cuestión de tiempo, quizás unos días, quizás unos meses, no lo sé, es imposible saberlo. Lo que es seguro es que tarde o temprano acabaremos hundiéndonos si no hacemos pronto algo.



—Pues ya pensaremos en ello. Pero de momento seguiremos dando la vuelta al mundo y sin escalas, como estaba programado —respondió el dueño.

—¡Eso, eso! —gritó uno de los pasajeros con una copa de cava en la mano—. He pagado mucho dinero para disfrutar de este viaje, así que unas malditas termitas no van a aguarme la fiesta, y nunca mejor dicho.

—Sí, sí —dijo una señora llena de collares y anillos—. Hemos estado reuniendo dinero toda nuestra vida para conseguir estar en este barco y en esta fiesta. Yo opino que continuemos como si no pasara nada. ¡Sólo son unas microscópicas termitas!

—Ya está usted oyendo al pasaje —dijo el dueño al capitán—. No hay más que hablar. Nada de poner rumbo a tierra. Mantendremos la ruta y los plazos previstos, sea como sea. Y usted, capitán, limítese a obedecer sin rechistar, como es su obligación.

—¡Pero yo soy el capitán! ¡Yo soy el que da las órdenes! ¡Y soy además el responsable de la tripulación!

—Y yo soy el dueño, y soy el que le paga a usted, y por tanto soy yo el que da las órdenes aquí.

—¡Sí, adelante, sigamos! —comenzaron a gritar algunos pasajeros—. ¡Las termitas no nos asustan!

Y enseguida se sumaron más voces:

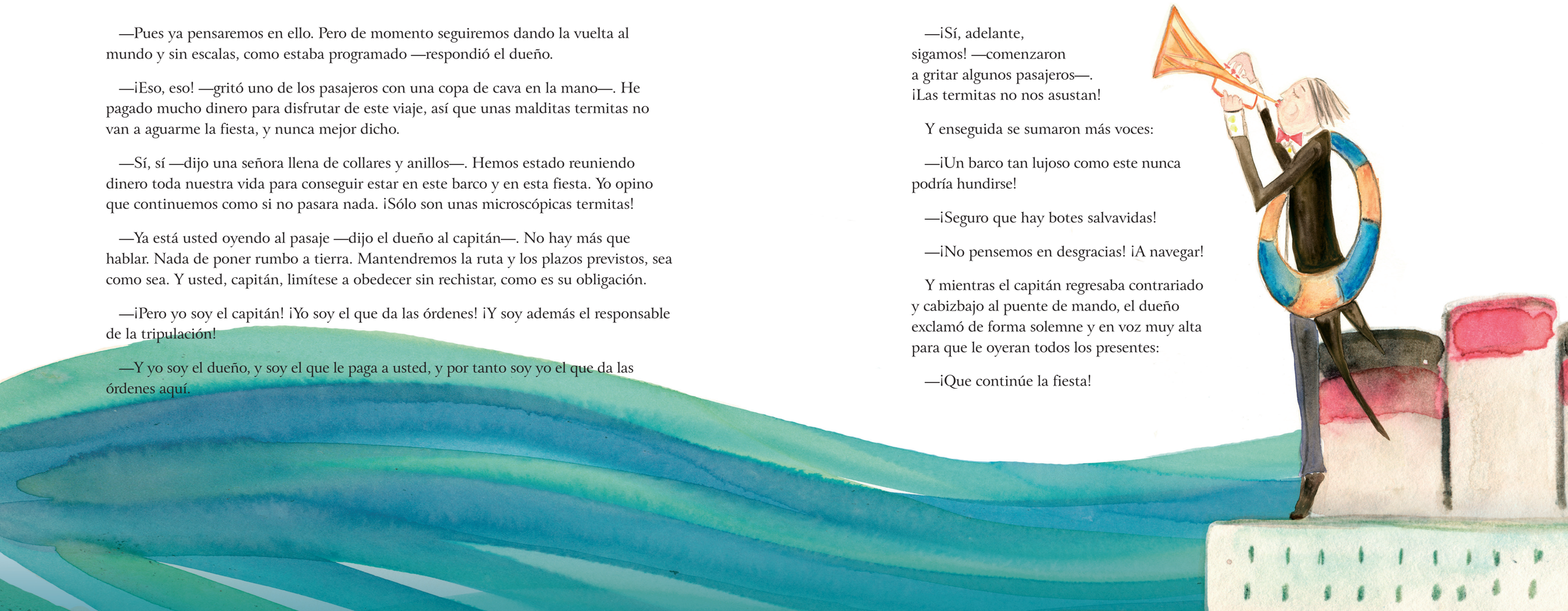
—¡Un barco tan lujoso como este nunca podría hundirse!

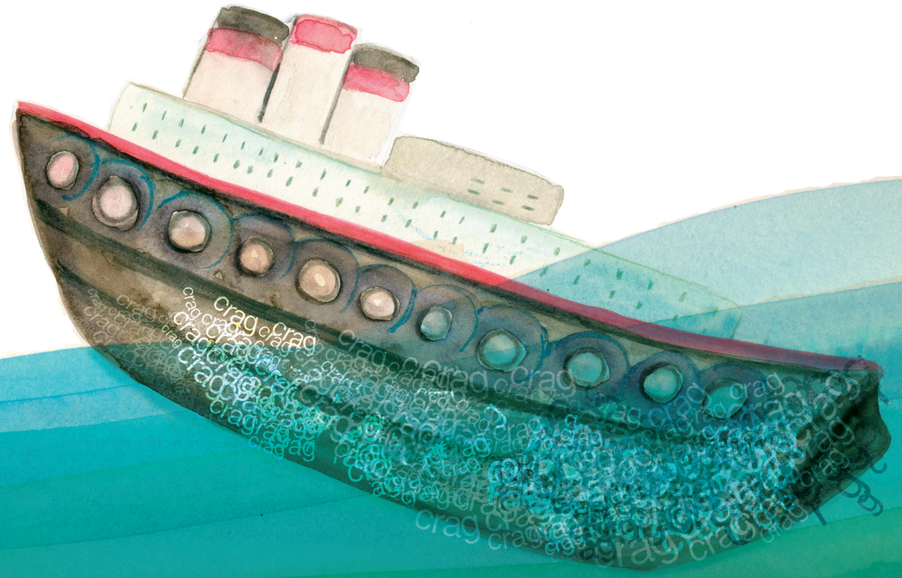
—¡Seguro que hay botes salvavidas!

—¡No pensemos en desgracias! ¡A navegar!

Y mientras el capitán regresaba contrariado y cabizbajo al puente de mando, el dueño exclamó de forma solemne y en voz muy alta para que le oyeran todos los presentes:

—¡Que continúe la fiesta!





Y la orquesta retomó su repertorio, y los camareros volvieron a pasear bandejas con canapés, y los pasajeros reanudaron sus charlas, y la vida regresó a la normalidad en aquel barco en mitad del inmenso océano.

Pero lo cierto es que desde entonces la fiesta fue un poco más triste, y aunque casi todos fingían estar relajados, como si no hubiera ningún problema, ahora ya no parecían tan gozosas la música y las risas ni tan efusivos los brindis y los bailes.

Cuando alguien mencionaba las termitas, quienes estaban al lado cambiaban de conversación.

Se decía que ese extraño sonido que se oía a veces en las escasas ocasiones de silencio era sólo el incansable murmullo del mar.

Rosina no sabía bailar

Rosina siempre decía que no sabía bailar, y por eso nunca bailaba.

Ni en las fiestas, ni en los juegos, ni cuando alguien la invitaba a un baile, ni cuando estaba contenta, ni cuando iba a la ciudad. Rosina nunca bailaba.

Ella pensaba que para bailar había que estudiarse de memoria los pasos del baile, que había que llevar con cuidado el ritmo para no perderse, que había que ser muy lista y muy guapa, que sólo bailaban bien algunas personas que parecían haber nacido para bailar. Todo eso pensaba. Y por eso ella siempre decía que no sabía bailar.

Pero una tarde Rosina vio a una amiga bailando, y le dijo:

—Me gusta mucho cómo bailas. ¿Quién te enseñó a bailar así?

Y su amiga detuvo unos instantes sus movimientos y le respondió:

—La música. La música es la que me enseña a bailar.

Rosina aprendió ese día algo muy importante.

Ahora, cuando Rosina baila, la gente la mira entusiasmada, asombrada de lo bien que lo hace, y siempre hay alguien que le dice:

—Me gusta mucho cómo bailas, Rosina. ¿Quién te enseñó a bailar así?

La música del bosque

La niña que tocaba el violín de nieve había estudiado mucho para aprender a hacerlo sonar y conocer sus secretos.

Iba a ensayar al bosque, y los osos, los ratones, los lobos, las marmotas, las lechuzas, los jilgueros, las musarañas y algunos otros animales se acercaban a escuchar las preciosas melodías que la niña iba inventando.

Un día soleado de primavera se deshizo el violín de nieve y la niña ya no pudo tocar más.

Los animales del bosque, tristes, sueñan algunas noches con la música de violines de nieve que vuelven hermoso su bosque solitario.

La máquina que tenía todas las respuestas

La máquina era muy misteriosa. En el escaparate de la tienda le habían colocado un cartel junto al precio que decía: “La máquina que tiene todas las respuestas”. Se parecía a una gran caja de zapatos. Era metálica, de color negro y menos pesada de lo que a simple vista se podía creer.

El niño había ahorrado durante meses hasta reunir el dinero suficiente para comprar aquella máquina. Cuando la tuvo en las manos, la miró con radiante satisfacción y se fue rápidamente a casa a probarla. Estaba muy contento y también algo nervioso. Por fin podría saber la respuesta a cualquier pregunta… ¡Y tenía tantas dudas sobre tantos asuntos importantes!

Ya en su habitación, cerró la puerta, se situó frente a la máquina y comenzó a hacerle preguntas.

La máquina permanecía callada, no decía ni una sola palabra, y el niño pensó que quizás este tipo de aparatos necesitaba un tiempo para procesar las preguntas y poder ofrecer las respuestas, así que esperó.

Pasaron algunos minutos y la máquina continuaba en silencio. El niño volvió a intentarlo y le hizo más preguntas, pero la máquina seguía igual, sin responder. Ningún sonido. Ninguna señal.

Inspeccionó la máquina a fondo buscando algún tipo de instrucciones o algún botón o palanca o algo parecido que la hiciera funcionar, pero no encontró ninguna pista por ningún lado por más que revisó.

Le hizo una nueva pregunta, esta vez muy despacio y desde muy cerca, casi susurrando. Y nada. Luego se alejó y pronunció la misma pregunta, ahora con un tono fuerte, casi gritando. Y nada, aquella máquina no hacía nada.

Los días siguientes lo intentó otra vez de todas las formas posibles a su alcance, y tampoco obtuvo respuesta.

Una tarde el niño, harto de aquello, se rindió y dijo:

—Hasta aquí hemos llegado, se acabó. Está claro que este cacharro no sirve para responder a las preguntas.

Y desde entonces utiliza la máquina solamente cuando se sube en ella para alcanzar algún libro de la estantería más alta.

Un viento indeciso

Un viento estaba delante de una veleta. Era la veleta que había en lo alto de una torre muy antigua, por eso estaba oxidada y chirriaba al hablar.

—¿Adónde te diriges, viento? —le preguntó la veleta.

—No sé… ¿Adónde crees que debo ir?

—¡Qué pregunta! ¡Adonde tú quieras! Cada viento va en una dirección, ¡tú sabrás cuál es la tuya!

—Pues no sé adónde me gustaría ir, no se me ocurre de repente ningún lugar…

—A ver, puedes ir al norte o al sur o al este o al oeste... En fin, tú deberías saber todo esto y tener claro adónde ir. ¿Pero qué clase de viento eres?

—Sólo soy un viento que...

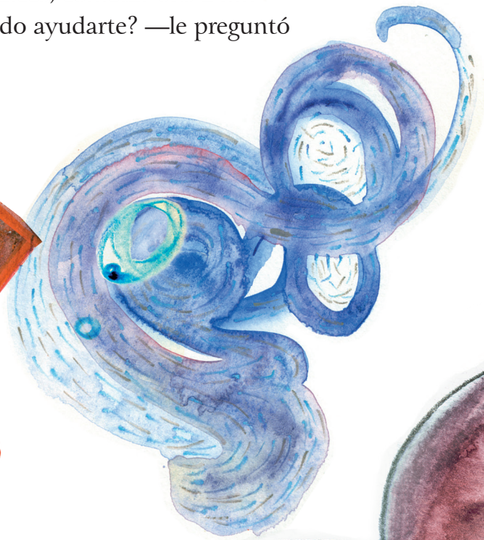
—Bueno, bueno, decídete ya, venga, piensa un destino y ponte en marcha. Sopla con fuerza. Sólo de ese modo podré yo girarme y señalar una dirección u otra. Las veletas necesitamos que los vientos nos muevan para cumplir con nuestro trabajo. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Pues sí, creo que sí, pero…

En ese momento apareció volando por allí una cometa que parecía muy asustada y que comenzó a gritar:

—¡Ayúdame, viento! ¡Ayúdame, por favor! Que me caigo…

—¿Cómo dices, cometa? ¿Es a mí? ¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó el viento.



—¡Te necesitooo! ¡Me caigooooooo!

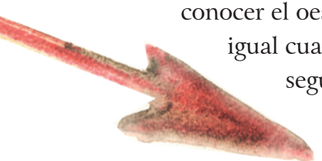
La cometa caía en picado. Mientras perdía altura y se acercaba al suelo, llegó a murmurar:

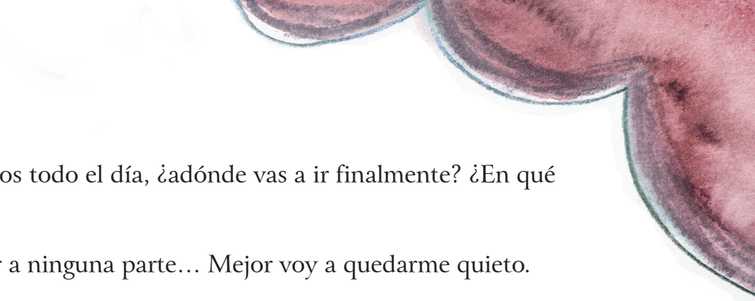
—¡Arghh! ¡Qué viento más tonto!

Después de esta pequeña interrupción, la veleta chirrió para llamar la atención del viento y así retomar la conversación:

—¿Qué haces entonces? ¿Te decides? ¿Vas a alguna parte? —le preguntó la veleta, que estaba impaciente y cada vez más nerviosa.

—No sé… Por un lado pienso que el sur podría ser una buena elección, pero luego lo vuelvo a pensar y creo que es mejor el norte. Pero también me gustaría viajar al este. O conocer el oeste… ¿Cómo saber cuál es el mejor lugar hacia el que ir? Si elijo un lugar, igual cuando esté allí me pregunto por qué no tomé otra dirección… Por otro lado seguro que cualquier lugar es interesante…





—Vamos, viento, que no tenemos todo el día, ¿adónde vas a ir finalmente? ¿En qué dirección?

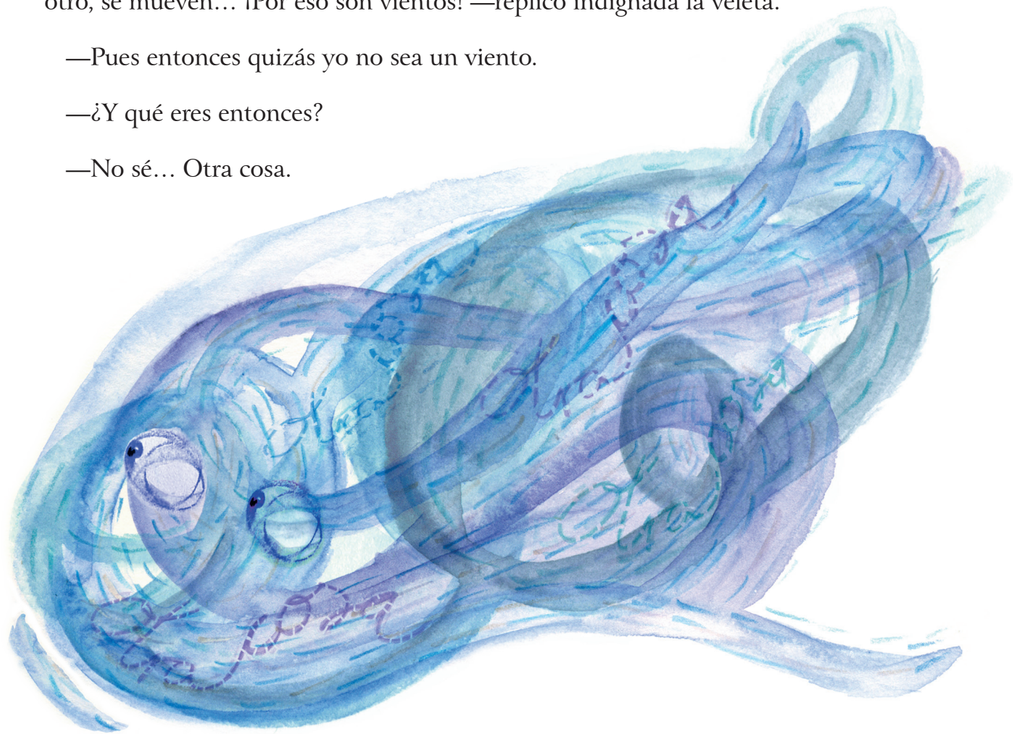
—No lo sé, creo que no voy a ir a ninguna parte… Mejor voy a quedarme quieto.

—Pero si te quedas quieto no puedes ser un viento. Los vientos van de un lado a otro, se mueven… ¡Por eso son vientos! —replicó indignada la veleta.

—Pues entonces quizás yo no sea un viento.

—¿Y qué eres entonces?

—No sé… Otra cosa.



Ganas de jugar con el barro

La niña tiene ganas de contar historias, de dibujar con los dedos pájaros que vuelen. Tiene ganas de viajar a un lugar que no conoce, de aprender cómo se llaman en otros idiomas las cosas que le gustan. Tiene ganas de jugar con el barro, ganas de hacer tonterías, ganas de reírse como se ríe la lluvia o como se ríe el sol.

Tiene ganas de saber qué piensan sus amigas sobre la oscuridad, sobre el bosque, sobre mañana. Tiene ganas de correr entre los árboles y de quedarse luego muy quieta, consigo misma, pensando. Tiene ganas de música, y de escuchar a la gente más sabia de la tribu recordar con palabras nuevas viejas historias.

Tiene tantas ganas de tantas cosas que no sabe por dónde empezar, y quiere hacerlo todo.

Pero ese día los adultos han ido a la caza del mamut y la niña debe permanecer en la caverna cuidando de los más pequeños, porque ella ya es mayor, y por eso hoy le toca a ella guardar el hogar, encargarse de que los niños estén bien y no corran ningún peligro. Afuera la nieve está arreciando con fuerza.

Ha pensado que hoy sería una buena idea dedicar la tarde a contarles cuentos. Esto siempre les divierte.

Ella va inventándose las historias mientras las cuenta. Historias sobre la luna, sobre la gente de las otras cavernas, sobre los animales, sobre el río… Los niños ríen, o interrumpen con preguntas, o se emocionan escuchándola, atentísimos.

Cuando ella habla no hay más mundo que el del interior de la caverna. Allí comparten el tiempo entregados al calor de las palabras. Allí sueñan con ser valientes, con ser mayores, con ser niños siempre.

Hoy la niña quiere darles, además, una sorpresa. Ha tenido una idea: pedirles que dibujen en las paredes de la caverna las historias que les ha estado contando. Ella les ha preparado la pintura, una mezcla de arcillas y aceites, rojiza, de color sangre.

A los niños les encanta la propuesta, ha sido una idea magnífica. Se untan las manos entusiasmados y extienden los pigmentos sobre la superficie de piedra. Dibujan caballos, bisontes, flores, estrellas… Ella a veces les ayuda a perfilar las figuras, a recrear la forma de los animales y las cosas a través de los trazos y los colores. Algunos, los más traviesos, se entretienen llenándose las manos con la mezcla y dejando sus huellas en la roca.

—Son hermosas estas pinturas —piensa la niña a la temblorosa luz del fuego—. Acercan el mundo aquí. ¡Cuánta vida, de repente, en esta caverna!

Cuando el sol se esconde regresan los adultos de su jornada de caza. Fue un mal día, no han conseguido nada. Vuelven pensativos y cansados, sin demasiadas ganas de hablar. Los pequeños al cargo de la niña duermen plácidamente en su rincón, por eso la niña recibe algunas cálidas sonrisas de agradecimiento por parte de los recién llegados. Casi nadie se ha fijado en las pinturas de la pared. Nadie ha dicho nada. Menos mal, la niña se temía lo peor, que la riñeran por haber manchado las paredes de la caverna con sus juegos.

Ha sido un día largo, la niña está agotada, se le cierran los ojos, necesita descansar.

—Mañana sí que haré lo que hoy quería hacer. Mañana… —se dice antes de sumirse en el sueño.

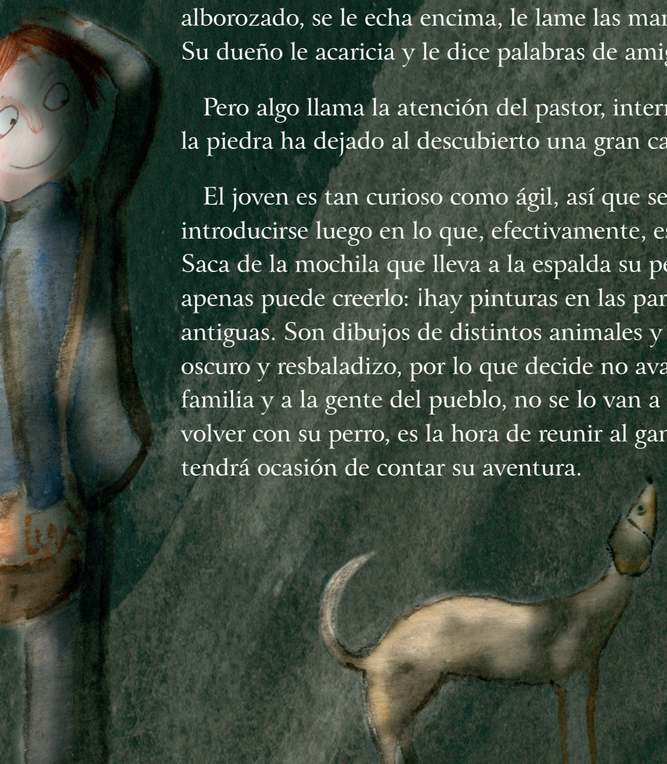
El joven pastor por fin ha encontrado a su perro. Se ha caído, el pobre, por una grieta entre dos rocas. Estaría jugando, o persiguiendo a algún animal, y ahora no encuentra la manera de salir. Algo habrá que hacer para rescatarlo.

—Quizás moviendo esa roca pueda abrirle camino —piensa.

Y, concentrando todas sus fuerzas, logra desplazar una gran piedra. El perro ladra alborozado, se le echa encima, le lame las manos, brinca feliz celebrando su libertad. Su dueño le acaricia y le dice palabras de amigo a amigo.

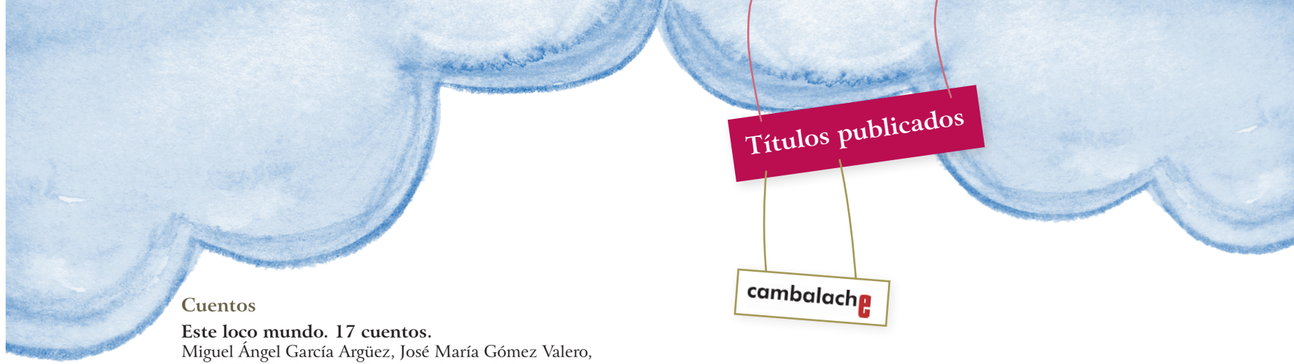
Pero algo llama la atención del pastor, interrumpiendo los efusivos saludos. Al mover la piedra ha dejado al descubierto una gran cavidad, parece la entrada de una cueva.

El joven es tan curioso como ágil, así que se desliza hasta asomarse primero e introducirse luego en lo que, efectivamente, es una cueva. Le late rápido el corazón. Saca de la mochila que lleva a la espalda su pequeña linterna, y cuando la enciende apenas puede creerlo: ¡hay pinturas en las paredes! Son muchas y parecen muy muy antiguas. Son dibujos de distintos animales y huellas de manos. Más adentro está oscuro y resbaladizo, por lo que decide no avanzar más. Está deseando avisar a su familia y a la gente del pueblo, no se lo van a creer hasta que lo vean. Pero antes debe volver con su perro, es la hora de reunir al ganado. Cuando termine el trabajo ya tendrá ocasión de contar su aventura.



Desde que salió de la cueva, el joven no puede quitarse de la cabeza esas pinturas sencillas y hermosas.

—¿Qué gente tan sabia haría esos dibujos? —piensa—. ¿Y por qué los harían? ¿Qué les animaría a pintar?



Cuentos

Este loco mundo. 17 cuentos.
Miguel Ángel García Argüez, José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez y Amelia Celaya, 2010.
72 pág. ISBN: 978-84-614-0083-6.

Memoria

Nos matan y no es noticia.
Ricardo Ferrer Espinosa y Nelson Restrepo, 2010.
180 pág. ISBN: 978-84-614-0084-3

Incendiarios de ídolos. Un viaje por la revolución de Asturias.
Mathieu Corman, 2009.
170 pág. ISBN: 978-84-613-0725-8

Inmigración

A la vuelta de la esquina. Relatos de racismo y represión.
Eduardo Romero, 2008.
123 pág. ISBN: 978-84-612-7617-2.

Rodaré maldiciendo. Poemas y arte callejero.
Silvia Cuevas-Morales, 2008.
37 pág. ISBN: 978-84-612-4533-8.

¿Quién invade a quién? El plan África y la inmigración
Eduardo Romero, 2007 (2ª ed.).
68 pág. ISBN: 978-84-611-4544-7.

Los árboles de la muerte. Crónica de un inmigrante sin papeles.
Marco Valle, 2004 (2ª ed.).
95 pág. ISBN: 978-84-607-9379-3

Ecología

Catalina y los bosques de hormigón
Ana Laura Barros y David Acera, 2007 (2ª ed.).
53 pág. ISBN: 978-84-611-8953-3.

Oviedo detrás de la fachada
(fotografía / texto-plano de Oviedo)
María Arce, 2007. ISBN: 978-84-611-6895-8.
Miguel Moro, 2007. 182 pág. ISBN: 978-84-611-6896-5.

Más agua, ¿para qué? El Plan Hidrológico Nacional, el embalse de Caliao y la nueva cultura del agua.
Beatriz González y Eduardo Menéndez, 2006.
119 pág. ISBN: 84-611-0896-5.

Nos comen. Contra el desmantelamiento del mundo rural en Asturias.
VV.AA., 2005. 195 pág. ISBN: 84-609-7722-6.

Formación

Crisis y deuda externa. Las políticas del Fondo Monetario Internacional.
Miguel Moro, 2005. 242 pág. ISBN: 978-84-609-5602-0.

Contra la Unión Europea. Una crítica de la Constitución. [agotado]
VV.AA., 2005. 48 pág. ISBN: 978-84-609-4170-5.